

Pequeña ecología de los estudios literarios ¿Por qué y cómo estudiar la literatura?

Jean-Marie Schaeffer. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires, 2013, 124 páginas.



Pablo Dema

Universidad Nacional de Río Cuarto

Como investigador profesional (miembro del Centre de recherches sur les arts et le langage scientifique y director de investigación en el Centre national de la recherche scientifique), el filósofo francés Jean-Marie Schaeffer ofrece en esta breve obra una justificación de la necesidad de seguir financiando investigaciones en el campo de las ciencias sociales (especialmente literarias) en una Europa en crisis. Si bien el problema parece práctico (y económico), los argumentos de Schaeffer son *filosóficos* (p. 10) y sus planteos pueden ser muy sugerentes para pensar, *mutatis mutandis*, el contexto latinoamericano y argentino.

El punto de partida es el examen de algunas manidas consignas: la lectura vapuleada por las nuevas tecnologías, la crisis de la literatura y el inminente fin de este arte. Para Schaeffer, esta supuesta crisis no es tal, toda vez que en el presente el nivel de producción y consumo de literatura ha alcanzado los índices más altos en la historia de la humanidad y las nuevas tecnologías facilitan cada día más el acceso a bienes culturales de todo tipo, incluidas bibliotecas completas sobre todos los temas. Lo que está en crisis, en todo caso, sería una cierta concepción segregacionista y erudita de la literatura que se resiste a admitir dentro de su órbita nuevas formas de la ficción o antiguas manifestaciones poéticas populares como la canción. En realidad, si hablamos de crisis, a ésta hay que buscarla en los estudios literarios y, como consecuencia, en la didáctica de la literatura, es decir, en el modo de transmitir y enseñar la literatura a las nuevas generaciones.

Planteados estos puntos, el desarrollo de Schaeffer apuntará a justificar filosóficamente la importancia que tiene la literatura en la “vida de todos los hombres, de *todas* las sociedades humanas” (p. 10) y a defender la necesidad de realizar programas de investigación

epistemológicamente sólidos que permitan un uso equitativo y racional de los escasos recursos disponibles.

Para mostrar la crisis de los estudios literarios, el autor sugiere ponerlos en el contexto más general de las ciencias humanas, las cuales aparecen contrastadas con las *pure sciences* o ciencias duras. Tomando los aportes de Tony Becher, compara la vida de los investigadores con la vida tribal y se vale de una metáfora ecológica y demográfica para contrastar la lógica de las ciencias duras con las humanidades. Las primeras constituyen un territorio fuertemente interconectado, con mucha densidad demográfica, alta competencia, maximación del control cognitivo cruzado, alto perfil transnacional y sólido consenso en torno a los criterios de validación cognitiva y metodológica. Las humanidades, en cambio, componen un hábitat disperso, con habitantes aislados entre sí dedicados a realizar maniobras de compartimentación. Esta característica del ámbito de las humanidades se debe, entre otros motivos, a que en el momento de los nacimientos de los estados nación ellas no habían alcanzado un consenso metodológico, cuestión que profundiza la existencia de tradiciones nacionales aisladas. En el caso de la filosofía, esta falta de criterios comunes fraguó en un cisma entre la tradición angloamericana y la continental. Entre los investigadores de los distintos países llegan a darse, a lo sumo, contactos bajo la forma de la polémica o la asimilación de la tradición extranjera a una tradición nativa. Si bien hubo, por ejemplo en el caso de la literatura, reacciones *científicas* contra los nacionalismos que se tradujeron en intentos por desarrollar un ideal de validación universalista (formalismo ruso y estructuralismo francés, por ejemplo), éstas no llegaron a constituirse en un verdadero programa transgeneracional. Es después de estos planteos generales que Schaeffer sienta su proposición con más nitidez: “solo un programa semejante [transgeneracional], abierto desde el punto de vista metodológico y partidario de procedimientos de contrastación reconocidos por todos los investigadores del mismo campo, podría garantizar un desarrollo acumulativo de los conocimientos” (p. 27).

El caso del estructuralismo le da pie a Schaeffer para plantear el tema de la didáctica de la literatura. Aquí muestra que el *dinamismo cognitivo* del estructuralismo fue vaciado al difundirse masivamente en las áreas educativas debido a que los alumnos de primaria y secundaria no están preparados para asimilar una metodología de análisis de estas características, ante todo porque una metodología así supone una aplicación flexible de la que solo es capaz un lector experto. Antes que aplicar el modelo actancial greimasiano, los alumnos deberían ser capaces de *activar* los textos con los que se relacionan. Esta activación se logra leyendo y también escribiendo

literatura¹. Schaeffer justifica su postura argumentando que “las obras literarias son un formidable medio para el desarrollo cognitivo, emotivo, ético” y que es fundamental lograr “el conocimiento *activo* del arte literario y, de forma más general, del arte de escribir. [...] No cabe duda de que la práctica de la escritura lírica ayuda a desarrollar una sensibilidad más fina para la poesía y sus riquezas”. El caso del arte de narrar es todavía más ilustrativo: “Desarrollar nuestra capacidad de contar(nos) equivale a cultivar una fuente cognitiva que es indispensable en todos los humanos, puesto que nuestra identidad personal se construye en buena parte bajo la forma de una configuración narrativa” (p. 29), afirma siguiendo la senda abierta en este terreno por Paul Ricoeur.

Volviendo al caso del estatuto epistemológico de los estudios literarios, y teniendo en cuenta lo dicho hasta el momento, Schaeffer argumenta sobre la necesidad de separar dos ámbitos dentro de los estudios literarios. Uno es deudor de una concepción “normativa” de la literatura y tiene la función de reproducir y promover valores que una sociedad estima destacados mediante sus instituciones, entre ellas la escuela. Esta forma de estudiar la literatura es “respetable [...] e indispensable, al menos si se quiere que los logros culturales se transmitan de una generación a la otra y se desarrollen” (p.43). La segunda función de los estudios literarios es “estrictamente cognitiva” (p. 44). Aquí se trata de un proyecto descriptivista, el cual implica neutralidad y supone el cumplimiento de operaciones como la comprensión, la explicación y la descripción. Esta dualidad funcional es constitutiva de los estudios literarios y es *nefasto* confundirlas. Cuando esto sucede, el investigador cree estar describiendo la *naturaleza* de una obra sin darse cuenta de que *antes* creó una norma estética (postuló una esencia de la literatura) a la que adhiere y que constituye el objeto de investigación.

Una vez hecha la separación entre una tarea normativa y de transmisión de valores propia del docente y una faceta estrictamente cognitiva propia del investigador (distinción muy polémica por cierto), Schaeffer se aboca a demostrar que es posible adoptar un enfoque puramente descriptivo de la literatura. Para cumplir su cometido apela a la distinción entre *hecho* y *valor*. “Admitir que las obras literarias son siempre objetos evaluados no implica la imposibilidad de adoptar una actitud descriptiva para estudiarlas. El valor también es un hecho y puede ser estudiado como tal desde una perspectiva descriptivista”, dice (p. 59). Adoptar una actitud descriptiva no implica negar que la elección de los objetos que se estudian sean la expresión o

1 En el contexto francés esta sugerencia no es original, se pueden consultar las propuestas de Gérard Genette en “Retórica y enseñanza” (*Literatura y enseñanza*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 17-33) y de Jacques Rancière (*El maestro ignorante*, Libros del Zorzal, Buenos Aires: 2007, 93).

consecuencia de los valores a los que se adhiere. Pero que la elección de un objeto sea consecuencia de un valor no transforma la descripción en juicios de valor.

Superado este escollo, Schaeffer analiza la objeción más difundida contra el descriptivismo, que es la que destaca la *especificidad* de los objetos de estudio de las ciencias humanas. Como ya se adelantó, la literatura no es un *hecho bruto* sino un *objeto intencional*, es decir una cosa cuyo ser reside en el hecho de que representa un contenido mental. Por lo tanto, para conocerla necesariamente hay que interpretarla. Puesto en la terminología de la hermenéutica, se diría que estos objetos intencionales no son objeto de una *explicación* (*erklären*) sino de un trabajo de *comprensión* (*verstehen*). Normalmente se dice que las ciencias naturales se abocan a *explicar* (*erklären*) mientras que en ciencias sociales se trata de “comprender” (*verstehen*). La mayoría de las objeciones formuladas contra la posibilidad de describir la literatura hechas en nombre de su naturaleza intencional superponen, a juicio de Schaeffer erróneamente, descripción a explicación y evaluación a comprensión. Por el contrario, Schaeffer sostiene que es posible describir un objeto intencional y que, al hacerlo, no se trata de decir cuáles son sus propiedades físicas (explicarlo) sino *lo que quiere decir*, en otros términos, dar cuenta de su contenido (comprenderlo).

Descartada esta objeción, el único argumento antidescriptivista que cabe formular, esta vez en nombre de la hermenéutica filosófica, es el que se centra en la autorreferencialidad de los hechos mentales. Aquí el cuestionamiento sería que si un hecho es intencional, tiene una dimensión constitutivamente autorreferencial y por lo tanto no es susceptible de descripción. Siguiendo a Searle se puede decir que la totalidad de la experiencia consciente es autoreferencial y que “creer que una cosa es esto o aquello participa del hecho de que sea esto o aquello”. Es aquí donde aparece el argumento antidescriptivista: “en el ámbito de los hechos intencionales, describir una cosa como siendo esto o aquello *hace* que esta cosa *sea* esto o aquello” (p.70). Ahora bien, este argumento contradice el principio mismo de la aproximación descriptiva que es, dice Schaeffer citando a Wittgenstein, “dejar las cosas como están”.

En el marco de la hermenéutica, la cuestión de la autorreferencialidad es la del círculo hermenéutico: la comprensión de las partes presupone una captación del todo, captación que solo es posible si se parte de una comprensión de los componentes del todo. Esta dialéctica entre las partes y la totalidad no es un círculo vicioso ni una contradicción performativa sino un ejemplo de lo que sucede al conocer. En el campo de la ciencia este movimiento toma la forma de la formulación de una hipótesis, la posterior validación y el retorno a la hipótesis general validada. Schaeffer afirma que Gadamer suele emplear la noción de círculo hermenéutico en ese sentido y que en Heidegger, en cambio, hay otra concepción de círculo hermenéutico; para este autor, el

ser mismo del hombre, como ser de lenguaje, posee una estructura autorreferencial. La historia de un hombre es un movimiento de autointerpretación del *Dasein*. Esta comprensión parte siempre de precomprensiones y anticipaciones. “Cada acto cognitivo es un acontecimiento autointerpretativo del ser ahí, acontecimiento que transforma el ser-ahí, ya que su ser mismo reside en el hecho de interrogarse sobre el ser y ser justamente aquello que son esa pregunta y esas respuestas” (p. 71). La autoexplicación del *Dasein* hace advenir lo que explicita pero no la inventa ni lo crea. Esta afirmación, válida para caracterizar el ente que somos, se aplica también, por extensión, a las obras de lenguaje con fines artísticos como la literatura.

Al final de este desarrollo del que apenas se puede brindar una escueta síntesis, Schaeffer vuelve a la pregunta clave: ¿el carácter autorreferencial del círculo hermenéutico vuelve imposible la descripción de cualquier hecho humano y literario? La respuesta es negativa: “el hecho de que todo acceso cognitivo a las cosas sea presuposicional no transforma dicho acceso en autoreferencial en el sentido de que éste instituiría lo que afirma” (p. 79). Desde el punto de vista epistemológico no existe una objeción decisiva contra el proyecto de un enfoque descriptivo de los hechos literarios. Los estudios literarios trabajan con objetos intencionales, describirlos implica intentar comprenderlos correctamente. La propia ontología del objeto literario es sin duda de naturaleza hermenéutica, pero, como afirma Schaeffer, “comprender las exteriorizaciones intencionales de nuestros congéneres forma parte de nuestras competencias mentales básicas” (p.82). En definitiva, la comprensión no se opone ni a la descripción ni a la explicación.

Al hablar de una comprensión acertada del texto literario Schaeffer parece estar pensando que el sentido es algo *específico* que se puede identificar correctamente o no. Para no caer en simplificaciones se hace necesario distinguir entre el *querer decir* del autor (intención) y la *intencionalidad del texto*. Nuevamente, para plantear el tema de la intencionalidad en literatura Schaeffer da un *rodeo filosófico* y la piensa antes en el marco general de los hechos mentales. Situándose en la línea que va de Brentano a Husserl y a Searle, establece que la intencionalidad de los actos de lenguaje se funda por y sobre la intencionalidad de los actos mentales que expresan. La intencionalidad lingüística es secundaria con respecto a la intencionalidad mental, es decir que los *estados mentales intencionales* existen *antes* que la aptitud de expresarlos verbalmente. La expresión de un estado intencional es constitutiva de todo acto lingüístico. Hablar con otro presupone que nos entenderemos y que cada frase será comprendida como la expresión de un querer decir.

En literatura, cuando leemos nos resulta obvio que vamos entendiendo lo que el autor ha querido decir, se ve entonces que el presupuesto de la intencionalidad es constitutivo de la comprensión y de la significación. Cuando leemos no nos preguntamos por la intención del autor, al leer atribuimos sentido y damos por supuesto que el sentido es lo que quiso decir el enunciador. Pero no separamos la intención del texto por un lado y por otro la del autor para iluminar desde afuera el sentido del texto. A la inversa, tampoco usamos el texto para inferir la intención del autor. En la lectura la intencionalidad del autor ya está inserta en la comprensión como acto. Por contraste, en la comunicación oral es más obvio que lo que escuchamos se superpone al contenido intencional mental de nuestro interlocutor mientras que en la escritura tendemos a separar el mensaje de la intención del enunciador. En este caso se habla del sentido del texto y no de lo que quiso decir el autor. Esto es así por la necesidad de construir mensajes en los que la comprensión de lo que quiso decir el autor esté asegurada aun cuando no hay un contexto definido. El enunciador real queda en segundo plano y se le presta atención al enunciador ficticio o a la *máscara* que se usa en poesía.

Llegado a este punto, Schaeffer muestra la compatibilidad del *intencionismo* que viene describiendo con la hermenéutica: Gadamer y Ricoeur han mostrado que usar el lenguaje supone la existencia de alguien que dice algo a alguien y que en ese acto la “intención de significación es intrínsecamente la del locutor” (p.97). Esto fue precisado por Ricoeur bajo la fórmula de la triple mimesis. La primera de las cuales se sintetiza en el *querer decir del autor*, la segunda es la encarnación de ese querer decir en una estructura textual y la tercera es la reactivación de esa estructura por parte del lector. El lugar de la obra no es el *texto* sino la relación entre los tres momentos: “la configuración del autor, la encarnación textual y la reconfiguración del lector”[...] “La intencionalidad constitutiva de la obra se reconoce precisamente en esta imposibilidad de reducir la obra al texto, a la cadena gráfica dotada de intencionalidad derivada” (p. 99). Leer, por lo tanto, es hacer confluir la intencionalidad del acto de configuración con el del acto de reconfiguración. El texto tiene solamente una *capacidad reguladora* del acto de leer. Conduce el acto de comprensión del lector que accede al contenido intencional del texto en un contexto histórico y un horizonte cultural más o menos distante del del autor.

A modo de síntesis de este pasaje, Schaeffer dice que las teorías intencionalistas tienden a afirmar que la comprensión debe depender de la *intentio auctoris* y que, por otra parte, las teorías atencionalistas (Gadamer) dicen que la construcción de la significación es construida de hecho por los lectores. Umberto Eco, al hablar de la *intencionalidad textual* se situaría en un punto intermedio, puesto que aquí la que regula la significación no es ni la intención autoral ni la del lector. Para

Schaeffer un texto es a la vez aquello causado por el querer-decir de un autor expresado en un texto y con un significado construido por un lector.

En la séptima y última sección Schaeffer propone algunas ideas *prácticas*. Como parte de una breve recapitulación vuelve a ofrecer una justificación de la importancia de la literatura en términos que vale la pena citar: “la obra literaria nos da acceso a un modo de experiencia específica, [...] irremplazable, [...] precisamente ahí está lo que constituye la única justificación razonable del valor que le acordamos” (p. 104). Y es este valor cultural de la literatura el que debe guiar las prácticas educativas: “la enseñanza literaria debería sensibilizar a los niños y jóvenes sobre las potencialidades de las obras. Y el desarrollo de la capacidad para sacarles provecho (en el plano cognitivo, emotivo y ético, en resumen, en el plano humano) tendría que ser su primer objetivo”[...] “La importancia de la lectura en la vivencia de cada quien no reside tanto en las lecciones que se obtienen, sino más bien en el desplazamiento de nuestro universo mental operado por la propia experiencia de la lectura” (p. 105).

Aquí Schaeffer valora y pone en sintonía los aportes de la psicología del desarrollo, la psicología cognitiva y la filosofía de la mente en la caracterización de la ficción como un tipo de conducta intencional específico que se despliega también en la literatura. Después de una caracterización general, muestra sus implicancias en el plano cognitivo y emotivo y el carácter irreductible de esta experiencia.

Si la ficción se asocia en literatura principalmente con la narración y por ende con el tema del despliegue temporal de la subjetividad y las continuidades identitarias, la poesía está más ligada a la experiencia estética. A diferencia de la estrategia atencional utilizada en la comunicación pragmática, en la lectura de poesía se maximiza la inversión atencional sobre propiedades del lenguaje relativas a lo *formal*. Más que con la ficción (es decir las construcciones de modelos cognitivos analógicos) la poesía tiene que ver con la *dicción* (pone en primer plano la sustancia sonora). Como consecuencia, el lector tiene que realizar una sobrecarga atencional para decodificar el mensaje poético, debe resignarse a retardar la síntesis hermenéutica e incluso a no comprender el texto; como contrapartida, recibe la compensación del placer que generan los juegos poéticos (imágenes, ritmos, asonancias y consonancias, etc.). Lo interesante aquí es que Schaeffer relaciona la ficción y la poesía con dos *estilos cognitivos opuestos* y con dos *estilos existenciales* diferentes. De modo que se podría decir que el *gusto* por la poesía es proporcional a la capacidad de soportar un alto grado de disonancia cognitiva en pos de la obtención del goce brindado por la puesta en primer plano de la materialidad del lenguaje. Y, viceversa, el gusto por las ficciones narrativas se relaciona con un estilo existencial que privilegia lo categorial (la invención de un

universo imaginario con leyes propias) en desmedro de la formal (los juegos de lenguaje que la poesía potencia). La escuela, señala Schaeffer, ha privilegiado históricamente un tipo de lectura literaria *segura*, no conflictiva. Pero la eliminación de las disonancias propiciada por el contexto de la clase de literatura conlleva la destrucción misma de la capacidad de leer poesía. Enseñar a leer poesía, sería, en una palabra, aprender a lidiar con lo ambiguo, lo contradictorio, lo indeterminado y permitirse disfrutar de los juegos formales. Este disfrute es más que un simple juego sensual. Para Schaeffer la “palabra poética nos pone en contacto con una comprensión más elemental, y más fundamental al mismo tiempo, de nuestro ser en el mundo: una comprensión que toma la forma de un paisaje afectivo esculpido por el habla, pero que (re) nace en el lector por un fenómeno de resonancia, consonante o disonante, inaccesible a cualquier explicación analítica (p.114)

En un segundo momento de la conclusión se aboca a la otra función de los estudios literarios, no la normativa relacionada con la enseñanza sino la cognitiva, relacionada con la investigación (y su financiación). Para que no se desaprovechen los recursos económicos es necesario construir una comunidad de investigadores que formule programas de investigación coherentes y de largo plazo. Y, en el campo literario, es preciso aunar los esfuerzos individuales disgregados y formar una “memoria epistémica explícita, una tradición científica compartida” con “una dinámica acumulativa e integrativa”, [...] “exigencias metodológicas compartidas o al menos compatibles” (p.120). En algunos campos de los estudios literarios estos objetivos se han cumplido relativamente, es el caso de la historia literaria, la filología, el análisis narrativo y la versificación, pero en la gran mayoría persiste la dispersión de la comunidad científica. Volviendo a la metáfora ecológica, es imprescindible que los estudios literarios abandonen sus “valles lejanos, sus nichos ecológicos demasiado confortables y su hábitat tan peligrosamente disperso” (p. 120). Esta proposición se hace con la plena conciencia de que no tardarán en caer sobre quien las realiza las acusaciones de *cientificismo*; sin embargo, para Schaeffer no resulta posible que se sigan financiando por mucho tiempo más trabajos basados en *doctrinas personales* o *teorías* (en el sentido algo raro que ha adquirido ese término) que resultan abstrusas para el resto de los colegas.

Recibido - 12 de junio de 2013

Aceptado - 10 de agosto de 2013